REVISTA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS
Ciencias Sociales, Artes, Humanidades
Argentina... Brasil... Latinoamérica toda...
ISSN: 2718-8310

MARCAS EN EL TERRITORIO. MEMORIAS LOCALES DE PROCESOS GLOBALES.

MARCAS NO TERRITÓRIO. MEMÓRIAS LOCAIS DE PROCESSOS GLOBAIS.

MARKS IN THE TERRITORY. LOCAL MEMORIES OF GLOBAL PROCESSES.

Daniel J. Imfeld.
Centro de Estudios e Investigaciones Históricas de Rafaela.
Miembro de Número Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.
Imfeldaniel8@gmail.com

Resumen

Los movimientos migratorios como fenómenos globales han dejado a través del tiempo las más diversas marcas relacionadas con los procesos de reterritorialización que implican. Entre estas marcas están las que se pueden reconocer aún hoy a la distancia en los cementerios, en especial en los de aquellas localidades ubicadas en regiones que fueron receptoras de estos desplazamientos humanos. En tanto lugares marcados por esas memorias migrantes constituyen un reservorio patrimonial de especial interés que resiste el paso del tiempo. Nos detendremos en nuestro análisis en dos casos que corresponden a pequeñas poblaciones del centro oeste de la provincia de Santa Fe, Susana y Saguier, y que dan muestra de la diversidad del fenómeno migratorio en Argentina a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Nos focalizaremos en cómo impactó en esa geografía, los usos que se fueron dando de las memorias colectiva y familiar, así como los desafíos que se presentan en cuanto bienes patrimoniales.

Palabras claves: Migraciones, Marcas, Cementerios, Memorias, Patrimonio.

Resumo

Os movimentos migratórios como fenômenos globais deixaram ao longo do tempo as mais diversas marcas relacionadas aos processos de reterritorialização que implicam. Entre essas marcas estão aquelas que ainda podem ser reconhecidas à distância em cemitérios, principalmente naquelas cidades localizadas em regiões que foram receptoras desses deslocamentos humanos. Como lugares marcados por essas memórias migrantes, constituem um reservatório patrimonial de especial interesse que resiste à passagem do tempo. Pararemos em nossa análise em dois casos que correspondem a pequenas ciudades do centro-oeste da província de Santa Fé, Susana e Saguier, e que mostram a diversidade do fenômeno migratório na Argentina a partir da segunda metade do século XIX. Vamos nos concentrar em

como isso impactou aquela geografia, os usos que foram dados às memórias coletivas e familiares, bem como os desafios que surgem como bens patrimoniais.

Palavras-chave: Migrações, Marcas, Cemitérios, Memorias, Patrimonio.

Abstract

Migratory movements as global phenomena have left over time the most diverse marks related to the reterritorialization processes that they imply. Among these marks are those that can still be recognized from a distance in cemeteries, especially in those towns located in regions that were recipients of these human displacements. As places marked by these migrant memories, they constitute a patrimonial reservoir of special interest that resists the passage of time. We will stop in our analysis in two cases that correspond to small towns in the center west of the province of Santa Fe, Susana and Saguier, and that show the diversity of the migratory phenomenon in Argentina from the second half of the 19th century. We will focus on how it impacted that geography, the uses that were given to collective and family memories, as well as the challenges that arise as heritage assets.

Keywords: Migrations, Marks, Cemeteries, Memories, Heritage.


REVISTA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS
Ciencias Sociales, Artes, Humanidades
Argentina... Brasil... Latinoamérica toda...
ISSN: 2718-8310

Migraciones internacionales y marcas en el territorio. El caso de los cementerios en dos colonias agrícolas del centro oeste de Santa Fe.

El fenómeno de las migraciones internacionales hacia la Argentina desde mediados del siglo XIX impactó de manera especial en la provincia de Santa Fe que reconfiguró su perfil demográfico y productivo a partir de entonces. Con el establecimiento de Esperanza, la primera colonia agrícola organizada al oeste del río Salado a partir del arribo de inmigrantes procedentes del centro de Europa, diferentes marcas territoriales en tanto materialidades con significaciones locales, comenzaron a dar cuenta del nuevo paisaje cultural que fue tomando forma en una vasta región a posteriori conocida como la Pampa Gringa (Gallo, 1983).

El giro poblacionista y productivo que implicó para la provincia de Santa Fe este proceso de migraciones y colonización agrícola quedó demostrado a partir de la velocidad de los cambios, tanto en los aumentos de los rindes económicos destinados a la agroexportación como en el desarrollo poblacional. Mientras que en 1858 la población de la provincia en 1858 era solo de 41.261 habitantes, para 1869 ya se había duplicado alcanzando los 89.117 y en 1887 según el censo practicado entonces más que quintuplicado llegando a 220.332, donde se podía advertir que los saldos migratorios eran el principal factor de crecimiento. La misma fuente en relación con el desarrollo de los centros urbanos entre 1869 y 1887 daba cuenta que se habían formado 65 pueblos multiplicando por diez el número de los que existían y elevando la cifra de sus pobladores a 67.686 (Primer Censo Provincial, 1888). Entre estos pueblos los que experimentaron un particular y prometedor desarrollo eran aquellos que habían surgido fundamentalmente junto a las principales vías de comunicación, esto es las líneas ferroviarias que cruzaban la provincia en todas direcciones con el objeto de vincular las áreas interiores con los puertos exportadores. En relación con todos estos cambios, que experimentaba en particular la región centro y noroeste la administración política provincial creó por ley en 1883 el departamento Las Colonias con cabecera en Esperanza. En 1869 sólo se contaba en este amplio espacio con una villa de 344 habitantes (Esperanza) mientras que en 1887 el censista registró 19 pueblos con un total de 9843 habitantes, aclarando que varios otros estaban en formación (Primer Censo Provincial, 1888) lo que daba cuenta del fenómeno expansivo que se vivía. (Primer Censo Provincial, 1888). En 1890 como resultado de ello en el sector oeste de Las Colonias, se decidió crear un nuevo departamento, al que se denominó Castellanos, con cabecera en Rafaela.

Las migraciones intercontinentales como dijimos habían adquirido un rol protagónico en relación con lo que iba ocurriendo entonces. Si entendemos a la migración como desplazamiento no sólo geográfico, podremos advertir que con los hombres y mujeres se trasladaban también sus costumbres, lenguas, tradiciones, creencias que terminaron por reterritorializarse, esto es en relación al cambio de residencia permanente en muchos de estos caos como acto de búsqueda de nuevas oportunidades. Este proceso implicó configurar un nuevo *espacio de vida* (y de muerte) entendido como aquél en el que el individuo ejerce sus actividades en relación con la red de vinculaciones que hacen a su vida familiar, social,

ISSN: 2718-8310

económica y política (Domenach y Picouet, 1990); de todo ello quedarían marcas. Pero no solo el inmigrante experimentó un cambio de residencia sino también en su status de movilidad gracias al *sistema de colonización privada* (Gallo, 1983) que permitió el acceso a la propiedad de la tierra, lo que para muchos de ellos significó convertirse en pequeños y medianos productores agropecuarios en un corto período de tiempo. Para 1895 encontramos que el 70% de los colonos poseían tal condición en el departamento Las Colonias y el 61% en Castellanos (Segundo Censo Nacional, 1895) donde se advertía un intenso proceso de subdivisión de la propiedad tal como lo registraban los mapas catastrales (imágenes 1- 2). Tanto la apropiación legal de las tierras destinadas a la producción cerealera como su significación en el contexto de una economía agroexportadora se van a convertir así en el principal sostén de pertenencia en relación con el territorio.

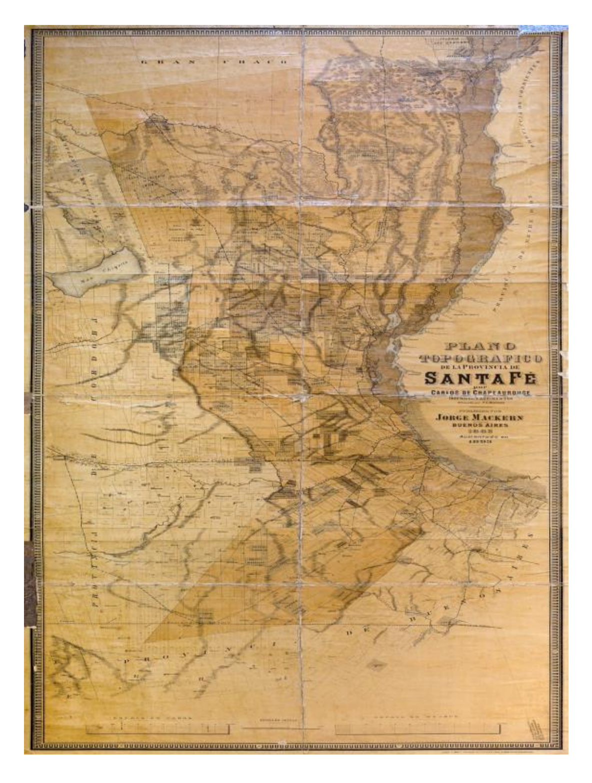


Imagen nº 1. Plano Topográfico de la Provincia de Santa Fe (Chapeaurouge,1893).

ISSN: 2718-8310

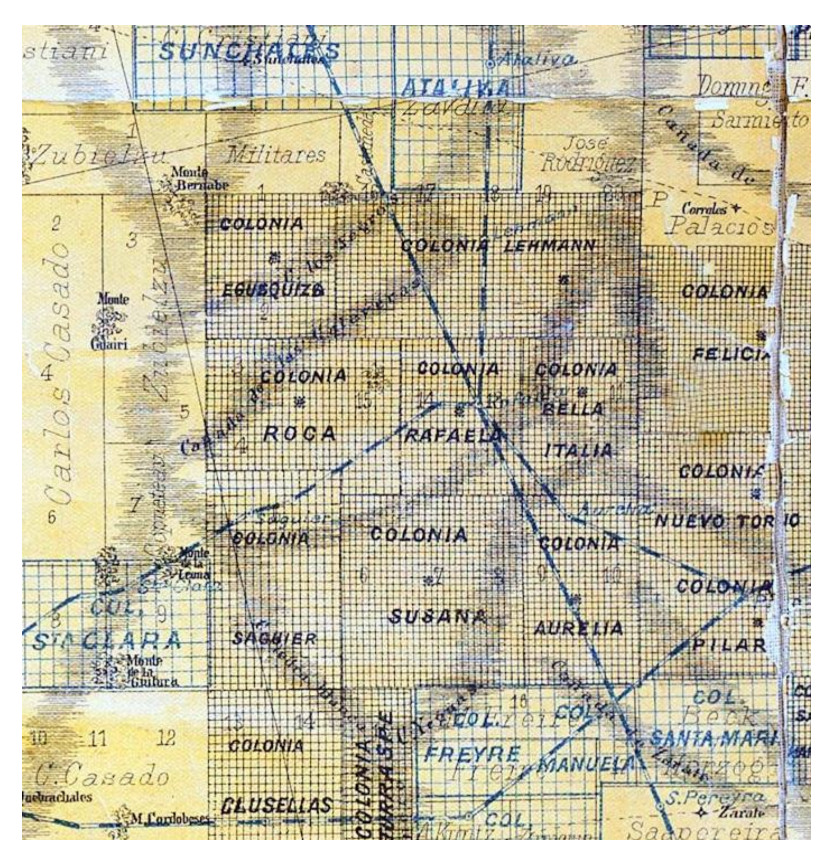


Imagen nº 2. Detalle del Plano Topográfico de la Provincia de Santa Fe de 1893 que muestra las colonias agrícolas del centro oeste donde se puede apreciar el intenso proceso de subdivisión territorial (Chapeaurouge, 1893).

El sujeto migrante protagoniza desde entonces en este escenario un proceso de reconocimiento social a partir de habitar y dar significado, soportes fundamentales del imaginario que se irá construyendo en torno de la inmigración y su agencia en la colonización agrícola como motores de un desarrollo que trasciende lo regional. El mito fundacional resultante tendrá así en el inmigrante su actor principal y exclusivo que delimita claramente la frontera social en relación con la otredad representada por aquellos que no participan de su condición.

En cuanto a las colonias agrícolas como espacio de vida estuvieron caracterizadas por una doble realidad, diferenciada y complementaria, esto es, un área rural dedicada en principio fundamentalmente a las actividades de agricultura, y un núcleo urbano, que actuaba como centro de servicios e intercambios sociales y económicos. El elemento extranjero que les dio vida estuvo signado desde un primer momento por la diversidad; de orígenes: suizos, alemanes, franceses, en las primeras colonias, más tarde italianos, españoles y europeos de los más diversos lugares y los que arribaron luego desde el Medio Oriente. A esta variada procedencia, a más de la diversidad lingüística debemos sumar la relacionada con los cultos, a

ISSN: 2718-8310

los católicos se sumaron protestantes de distintas ramas, judíos, crisitianos ortodoxos y a ellos, los que a su vez introdujeron como contrapartida prácticas seculares como masones y espíritas. Los registros oficiales no dejaron de dar cuenta de tal diversidad, observable sobre todo en aquellas poblaciones que se perfilaban con un fuerte desarrollo urbano, como el caso de Rafaela. El censo local realizado en 1912 dio cuenta que de las 8242 personas que allí vivían, 3564 (43 %) eran extranjeros de 16 nacionalidades diferentes, que en materia de cultos se practicaban cinco religiones (católicos, protestantes, ortodoxos, mahometanos, israelitas), mientras que 676 (8%) por su parte se declaraban librepensadores (Primer Censo del Pueblo de Rafaela, 1912). En otros casos locales la manifiesta predominancia de algún grupo en particular, en una geografía donde el elemento italiano primaba, hacía las veces de un enclave étnico, como la presencia de suizos valesanos al sur oeste de Rafaela en lo que luego sería Villa San José, o el caso de las colonias judías más al norte, en el departamento San Cristóbal.

Mientras en las explotaciones rurales, conocidas regionalmente como chacras, los colonos y su grupo familiar asumieron el rol de principales actores, en los pueblos la diversificación propia de actividades dio protagonismo a comerciantes, artesanos, pequeños industriales, algunos profesionales, administrativos, a los que hay que sumar hombres y mujeres que se fueron incorporando con los más variados oficios y emprendimientos.

Alejados de los pueblos que iban tomando forma, tal como recomendaba el pensamiento higienista, en las zonas rurales aparecieron los espacios que se hicieron necesarios para contener a la muerte, los cementerios. No sólo vinieron a resolver un problema práctico e higiénico, dar sepultura a los muertos y evitar focos infecciosos, sino que además cumplieron una función social y simbólica muy particular. Como refugios de las memorias que allí encontrarían cabida a través de toda una serie de elementos artefactuales, que van de la simple sepultura a los grandes panteones, así como las inscripciones epigráficas en lápidas y placas, acompañadas generalmente del retrato fotográfico, fueron condensando las marcas que estos grupos deseaban dejar para la posteridad. Actuaron por lo tanto como lugares para la memoria, para ser visitados, recorridos, para meditar y al mismo tiempo para tratar de bloquear el olvido, inmortalizando a la muerte allí contenida (Imfeld, 2000).

Estos espacios documentan socialmente las diversas representaciones que para nuestro interés los migrantes y sus descendientes expresaron sobre la muerte y sus significados en contextos específicos. Concentraremos la mirada en dos casos de cementerios ubicados en el departamento Castellanos (provincia de Santa Fe) a corta distancia uno del otro donde podemos observar y leer situacionalmente a través de distintas marcas sepulcrales la voluntad por dejar la perennidad del recuerdo tanto a nivel comunitario como familiar. Nos referimos al cementerio de Villa San José, colonia formada por suizos procedentes del Alto Valais y a su vecino, el de Saguier (imagen 3 A-B) donde junto a la presencia mayoritaria de familias piamontesas, un grupo de daneses dejó su impronta. Trataremos de identificar e interpretar estas marcas y a sus promotores para comprender cómo se busca la legitimación social de los sujetos migrantes en un proceso de reconfiguración identitaria al tiempo que terminan formando parte de un patrimonio de proximidad, modesto si se quiere, en el sentido de que no


REVISTA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS
Ciencias Sociales, Artes, Humanidades
Argentina... Brasil... Latinoamérica toda...
ISSN: 2718-8310

posee las tradicionales pretensiones monumentales, pero que no por ello deja de dar cuenta de un fenómeno global. Nuestra mirada se concentra sobre todo en aspectos cualitativos, en especial sobre variables como las cargas de identidad étnica, religiosa, afectiva, simbólica, expresadas a través de distintas manifestaciones, materiales e intangibles que dan cuenta en un caso de la intervención pública como familiar-parental en el otro. Hemos apelado tanto al trabajo de campo que realizáramos en estos cementerios en distintas oportunidades, entre fines de 2020 y principios de 2021, donde obtuvimos los distintos registros, entre ellos los fotográficos que acompañan esta presentación, complementando con la consulta de materiales bibliográficos y documentales que nos aportaran mayor información teórica y conceptual sobre el tema.



A. B.

Imagen 3 A. División distrital actual del Departamento Castellanos (Provincia de Santa Fe). Imagen 3 B. Detalle localización de los distritos Villa San José y Saguier en relación con la cabecera departamental Rafaela (Provincia de Santa Fe, Cámara de Senadores).

1-Lugares de memoria / lugares marcados.

1.1- Marcas de una memoria grupal.

Los cementerios como lugares destinados a guardar y preservar memorias, más allá de las dimensiones espaciales que alcanzan, a través de sus materialidades expresan distintos

ISSN: 2718-8310

significados, tanto sociales, como culturales y simbólicos. Al mismo tiempo ofrecen una visión del pasado y del rol que en las historias locales ocupan quienes allí reposan. Como lugares de memoria se convierten así en lugares marcados por distintos tipos de recordatorios y en tanto lugares públicos de representaciones, tumbas y monumentos no solo sirven a los fines de identificar a familias y a individuos, sino que por su ubicación, tamaño, decoración, legitiman socialmente tanto a los que ahí yacen como a los que las mandaron construir. Se reafirma así un lugar en el imaginario local y una pertenencia comunitaria.

En el caso del cementerio comunal de Villa San José lo primero que llama la atención es el contraste que desde el exterior ofrece con otros de la región. Sus muros perimetrales muy bajos, la simplicidad tanto del portal de ingreso como de la volumétrica de las construcciones lo diferencian de los de pueblos y ciudades vecinas. Es común ver en el paisaje de la llanura santafesina como se recortan las siluetas de los cementerios en medio de la horizontalidad orográfica y se adivinan a la distancia con sus altas cúpulas, pobladas de ángeles y cruces que coronan arquitecturas de los más variados estilos. Desde los cementerios y sus arquitecturas es que ya podemos anticipar aquí una diferencia que remite no sólo a su temporalidad, sino también al origen de la población. Las migraciones en tanto procesos sociales sabemos que modelan estructuras espaciales y los cementerios son un claro exponente de ello. Mientras que en la mayoría de los pueblos y colonias de esta región predominó en su base originaria el elemento italiano, especialmente los provenientes del norte, particularmente piamonteses, en este caso fueron los suizos, y más específicamente los del Oberwallis (Alto Valais) los que dejaron su impronta.

Entre los años 1881 y 1882 familias valesanas reemigradas de la colonia madre San Jerónimo Norte (1858) y de sus localidades vecinas Santa María Norte y Las Tunas, adquirieron tierras a la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann [1] ubicadas hacia el oeste provincial para establecerse a lo largo de una franja más o menos continua entre las colonias Susana y Saguier. De esta manera comenzó a territorializarse un grupo étnico integrado en principio por 22 familias que fueron desarrollando un fuerte sentido comunitario. Rodeados de colonos piamonteses, mayoritarios en el entorno regional, la familia, la iglesia y la lengua se convirtieron en refugio de una etnicidad mantenida por varias generaciones. En ello desempeñaron un papel importante las prácticas endogámicas, la escuela con enseñanza religiosa y bilingüe, completada con la asistencia de misioneros que predicaban en alemán. En 1887 la construcción de una capilla dedicada a San José y junto a ella la escuela particular, preanunciaron no solo como referentes materiales sino también simbólicos el surgimiento de un futuro pueblo en su derredor. Recién cincuenta años más tarde, el 2 de febrero de 1937 el anhelo comunitario de alcanzar la autonomía comunal se cumplió, cuando por decreto del gobierno de Santa Fe se creó la comuna de Villa San José, segregándola de sus vecinas Susana y Saguier (Imfeld, 1996).

[1] Con respecto a Guillermo Lehmann (1840-1886) y su accionar empresarial en relación con la formación de colonias agrícolas en el centro oeste de la provincia de Santa Fe véase Bianchi, A. (1971). Historia de Rafaela. Editorial Colmegna, Santa Fe, Argentina.

A partir de aquél acontecimiento comenzó el trabajo de apertura de calles, el trazado de una plaza y se planteó la necesidad de contar con un cementerio propio, dado que hasta entonces la mayoría de las sepulturas se realizaban en el cementerio de Susana. En 1948 se formalizó la donación del vecino José Volken de una fracción de terreno de 70 metros de frente y 80 de fondo ubicada un kilómetro al sur del pueblo para ser destinada a cementerio. Una década más tarde, en 1957 el gobierno de Santa Fe aprobó la ordenanza local que fijó normas, tasas, y demás actividades y servicios que prestaría la comuna en el mismo.

Al ingresar al cementerio se destaca en primera instancia la gran cruz ubicada en el centro que hace que las miradas se dirijan indefectiblemente hacia ella. Esta presencia dominante del símbolo religioso en el espacio del cementerio parece materializar un rasgo indeleble de la identidad local, la fuerte adhesión a la fe católica que acompaña desde el origen con aquella capilla surgida como fruto de una promesa comunitaria ante los efectos de una epidemia de cólera y la gran cantidad de vocaciones religiosas que las familias proporcionaron al clero secular y a distintas congregaciones durante varios años. A continuación de la gran cruz se levanta un memorial producto de la voluntad de la autoridad comunal que como *emprendedor de memoria* (Jelin, 2014) buscó a través del homenaje inscribir en este espacio público un sentido (fotografías 1-2). A los costados de una especie de paseo cubierto por una pérgola se dispusieron una serie de pilares apareados con las fotos de doce de las parejas que formaron la colonia. Debajo de cada foto se ha colocado una placa que recuerda el lugar y año de nacimiento en Suiza de cada uno de los que allí reposan, completando las referencias genealógicas con los nombres de los progenitores y la fecha de fallecimiento. Junto a cada pilar se depositaron las cenizas respectivas que fueron trasladadas desde el cementerio de Susana, donde habían sido sepultados originariamente. En cuanto objetos visibles revestidos de significación cumplen así la función de *semióforos* (Hartog, 2007) que buscan aprehender el tiempo, en este caso el de los orígenes. Aquí a su vez el recurso del recupero de las viejas fotografías que acompañaban las sepulturas originales, refuerza como arte del retrato verdadero, la idea de un pasado real. Se plantea entonces una comunicación de sentidos, no solo de respeto y consideración por los fallecidos, sino también desde éstos para edificación de los vivos.

ISSN: 2718-8310





Fotografía nº 1 Fotografía nº 2

Fotografías nº 1-2. Cementerio comunal de Villa San José. Cruz mayor y memorial dedicado a las primeras familias fundadoras.

No menos atención requiere reparar en el contexto en que se construyó este memorial. En 1987, cuando las poblaciones vecinas habían celebrado ya los centenarios de sus formaciones, se decidió festejar los cien años de la construcción de la capilla San José y los cincuenta de la comuna para lo que se editó una publicación conmemorativa que hizo las veces de un nosotros narrativo que buscaba trasmitir una identidad originaria rememorando el pasado ya anunciado en la tapa "*Forjada por hombres que entonces / creyeron, los que hoy continuamos / creemos en el mañana* " (Centenario Villa Sn José, 1987). Unos años después, la celebración de los 700 años de la Confederación Helvética en 1991 posibilitó el viaje de reencuentro con las familias emparentadas de Suiza, el que emprendieron muchos de los descendientes de aquellos que habían emigrado hacía más de un siglo. Fruto de todo ese sentimiento de entusiasmo grupal es que la autoridad comunal decidió, poco después, construir este memorial en el cementerio. De esta forma se cumplió con el gesto simbólico, como un deber de memoria por parte de los descendientes de reintegrar los restos de sus antepasados a la tierra que habían colonizado. Como marca indicial y a través de un proceso que podríamos denominar de *selección por exaltación* (Prats, 1998) no sólo permite recordar el origen sino también legitimar el rol desempeñado en el establecimiento de la comunidad, a modo de agradecimiento hacia los padres fundadores. El lugar asignado a su vez, en el camino central y detrás de la cruz, refuerza la intención del homenaje en lo que respecta a la construcción social de una memoria grupal para la que se eligió un espacio localizado y específico de fácil reconocimiento. Con la intención de incorporarlos así a la memoria social

se buscaba al mismo tiempo reconstruir una identidad étnica pero ahora en un escenario donde las condiciones sociales reales eran muy distintas de las que debieron enfrentar aquellos inmigrantes.

1.2-Marcas de una memoria familiar.

A unos cinco kilómetros aproximadamente del cementerio de Villa San José, hacia el oeste se encuentra el cementerio comunal de Saguier. La colonia agrícola del mismo nombre surgió en torno a 1882, a partir de la venta de tierras que llevaba adelante en esta región la ya menciionada Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann; su nombre recuerda precisamente a uno de los propietarios de las mismas, Carlos Saguier. Con el posterior paso del ferrocarril y la habilitación de la estación en 1890 se generó, como ocurrió en otros casos, un desdoblamiento de la población urbana, dando origen así a Plaza Saguier y a Estación Saguier, separadas apenas por 2 kilómetros. El cementerio se construyó en medio de esta separación en plena zona rural sobre la ruta 67 S. Su origen data de comienzos de la década de 1890 ya que el primer entierro que se registró tiene por fecha el 4 de enero de 1893 (Centenario de Saguier, 1982). Al ingresar al mismo el espacio anterior se encuentra prácticamente vacío, aunque según la tradición oral este sector no estuvo siempre así, en un principio se habían levantado allí algunas construcciones funerarias, pero una inundación provocó que se demolieran y se reagruparan desde el centro hacia la parte posterior. Actualmente sólo quedan ahí unas pocas cruces de hierro clavadas en la tierra, que según la misma tradición estarían señalando los lugares de sepulturas de personajes anónimos, de aquellos que deambulaban por los caminos rurales y las vías del ferrocarril, conocidos popularmente como crotos o linyeras. Estos solían concentrarse circunstancialmente en las inmediaciones de las estaciones de trenes, de ahí que no resulte extraño que algunos de ellos pudieran haber sido sepultados en ese lugar.

De especial interés resulta en este cementerio el sector de sepulturas en tierra, ubicadas hacia el sureste contra el muro perimetral. A primera vista con su sencillez entran en claro contraste con la arquitectura de los panteones vecinos que, siguiendo la tradición romantizada de la cultura funeraria de la Europa católica, los colonos de origen italiano reprodujeron en esta región. Las citadas sepulturas pertenecen en este caso a la pequeña comunidad danesa que se había establecido en Estación Saguier. El origen de dicha presencia data de 1917 con la radicación de quien se convirtió en uno de los pioneros de la industria láctea en la cuenca lechera del centro oeste de Santa Fe, Christian Boll y su esposa Karen Christiansen oriundos de Mors y Kalundborg (Dinamarca) respectivamente. A poco de radicados Boll, aprovechando la ventaja que le ofrecía la conexión ferroviaria hacia los puertos, comenzó con la fabricación de caseína y manteca destinadas al mercado europeo, a lo que luego sumó la producción de quesos. Su condición de emprendedor industrial lo llevó a su vez en 1936 a comenzar con la elaboración de aceites vegetales hidrogenados, esta vez en Llavallol (Buenos Aires), sin abandonar la planta de Saguier. En reconocimiento a su labor en el exterior en 1952 el rey de Dinamarca le concedió la Condecoración de Caballero de la Orden Real de

Dannebrog. Su actividad sin embargo no se detuvo allí, y en 1963 sumó la producción de margarina para el consumo doméstico identificándola comercialmente con el nombre que refería a su país de origen y con la que ganaría una presencia indiscutida en el mercado nacional (Imfeld, 2016).

La red vincular familiar, parental y de contactos que construyó Christian Boll desde Estación Saguier con otros connacionales constituyó la base de esta pequeña comunidad que dejó sus *marcas de etnicidad* en el paisaje local, ya sea en la arquitectura de su residencia como en el cementerio. Es este el caso de un particular que, con un protagonismo social y económico que trasciende a la reducida colectividad que lidera, emprende a su vez un proceso de marcar, señalar un espacio específico en el cementerio a partir de las sepulturas que manda erigir allí. Asume así el rol de un sujeto activo que busca reunir en el descanso eterno a la familia y a sus relaciones siguiendo la tradición religiosa de las sepulturas danesas, reproducida aquí en la *tumba jardín*, que como marca étnica a través de la muerte recuerda el pasado (Bjerg, 2001). Se trata de sepulturas donde las más antiguas están delimitadas por postes con cadenas, con plantas sobre ellas a la manera de pequeños jardines. Las lápidas que las identifican llevan grabadas en danés sentencias como *Sov sødt* (Dulces Sueños), *Hvil i Fred* (Descansa en Paz), *Elsket og Savnet* (Amado y Extrañado) *Fred* (Paz) (fotografías 3-4-5). Esta costumbre funeraria fue perdurando en el tiempo, aunque posteriormente con inscripciones en castellano y la tumba jardín cedió paso a piezas de mármol que cubren toda la sepultura o lápidas más simple con el nombre de quien allí reposa (fotografía 6). En todos estos casos, a diferencia del resto del cementerio no hay fotos de los fallecidos, el soporte de la memoria descansa en lo que se ha grabado con palabras sobre la tumba. Muestra ello que la sobriedad impuesta por las iglesias reformadas se siguió respetando aquí tanto en los rituales funerarios como en la sepultura. Desde los lejanos tiempos del cisma religioso europeo las distintas confesiones reformadas plantearon cierto desinterés por el cuerpo derivado del temor de que se rinda culto más a la persona que a su creador, de ahí el rechazo de la veneración de los muertos, lo que se reflejaba en la tendencia a la secularización de los funerales como en el ritual mismo (Krumenacker, 2010). En este caso, al no contar con una iglesia local se debía recurrir a los auxilios de algún pastor de comunidades vecinas, que a veces tenía que hacer varios kilómetros para asistir con un ritual mínimo a algún entierro en este cementerio.

En esta condición de coexistencia con una mayoría católica a través del cuidado de la tumba se demostraba que también ellos se ocupaban de sus muertos, sin alardes arquitectónicos ni pomposas ceremonias, pero como miembros socialmente respetables de la comunidad no se desentendían de esa especial atención de los vínculos con la sacralidad de la muerte.


REVISTA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS
Ciencias Sociales, Artes, Humanidades
Argentina... Brasil... Latinoamérica toda...
ISSN: 2718-8310



Fotografía nº 3. Cementerio comunal de Saguier. Sector de sepulturas más antiguas siguiendo la tradición danesa, al fondo antiguos panteones de familias italianas.







Fotografía nº 4 | Fotografía nº 5 | Fotografía nº 6

Fotografías nº 4-5. Cementerio comunal de Saguier, sector sepulturas danesas donde se conservan las lápidas más antiguas con inscripciones en la lengua de origen. Fotografía nº6 sepulturas más recientes en el mismo sector.

Este proceso de continuidad de prácticas culturales a través de la tumba como anclaje y como vínculo entre el lugar de origen y el de arribo muestra tanto el desplazamiento del imaginario migratorio como la manera en que se definen las relaciones en el nuevo espacio que se ha convertido en el ámbito de la vida social y cultural (Reyes Tobar, Martínez Ruíz, 2015).

La ausencia de un muro, una reja o cualquier otro elemento que haga manifiesta la separación entre cultos, como era costumbre para marcar la disidencia en los cementerios finiseculares, evidencia en este entorno la construcción de un lazo social de convivencia interétnica y religiosa, más allá de la condición de grupo minoritario que presentaba la pequeña comunidad danesa.

Estamos ante una memoria migrante que no encontró resistencias para visibilizarse, para dejar sus marcas, ganándose así un lugar para legitimarse y dar sentido. La peculiar relación con la muerte que se materializa a través del contraste entre las construcciones funerarias que aquí coexisten nos pone como decíamos ante tradiciones y rituales reconfigurados en este pequeño espacio de la pampa santafesina al que dan un color especial. Nos abren así a historias que se ubican en la coyuntura entre lo particular, lo cercano y la gran historia de las migraciones internacionales.

2.-Un patrimonio modesto y sus desafíos.

Fenómenos como los desplazamientos humanos, tal es el caso de las migraciones, dejan huellas indelebles en todos aquellos territorios donde se construyen marcaciones que pasan a formar parte de lo que luego en muchos casos se consideran bienes patrimoniales. En tal situación encontramos muestras de una territorialidad señalizada, a través del memorial y de las tumbas, relacionada con los movimientos migratorios en los cementerios de las pequeñas localidades surgidas en el litoral pampeano como producto del proyecto de la Argentina agroexportadora. Si bien estamos ante un patrimonio cuya escala parece propia de dichas poblaciones, el mismo no está exento por ello de una carga simbólica con la que se construyen representaciones de esos pasados. La territorialidad de las memorias, en tanto formas construidas como modos subjetivos de expresión, encontró aquí en estos espacios de especial significación afectiva la posibilidad de levantar mojones simbólicos con los que inscribir y marcar una determinada pertenencia. Dicha pertenencia se da en el contexto del desplazamiento migratorio tanto a nivel comunitario (nuestros antepasados) como a nivel familiar (mis antepasados). Más allá de señalar una apropiación territorial por parte del sujeto migrante hay una revitalización de un sentimiento de arraigo construido en el nuevo espacio de vida que encuentra su prolongación en el cementerio como resguardo y refugio de las memorias que esperan el culto de la fidelidad de la descendencia. Familia, trabajo, propiedad, religión se consideran especialmente como acervo legado intergeneracionalmente, fundamentos del capital cultural de estas comunidades, un intangible que se espera sea valorado y trasmitido.

ISSN: 2718-8310

El memorial, la tumba, se yerguen en tanto expresiones de lo tangible, de la perennidad, que traducen la relación que estas sociedades entablan con sus pasados, y que en nuestro caso nos permiten una lectura situacional. Las fotos, las inscripciones que las acompañan a su vez aproximan aquí a diferencia de la distancia que imponen los monumentos en las plazas públicas, ya que remiten en cambio a sujetos concretos, particulares, que se legitiman así en estos espacios locales de ausencias desde donde evocan los marcos sociales de referencia referidos a ese pasado de inmigrantes colonizadores. Constituyen como narrativa del origen, un guion materializado de la historia lugareña construido en determinados presentes por quienes hacen de emprendedores de memoria, ya sea el gobierno local en el caso de Villa San José o un particular, como en Saguier, que desde su protagonismo puede inscribir marcas comunitarias que van más allá de lo familiar. En el primer caso, con el memorial dedicado a los pioneros, el significado cumple una función retórica, celebratoria, pública (Kingman Garcés, 2014), en el otro, son los sentimientos privados, familiares lo que se expresa, pero que dado el rol que tuvieron para la vida del pueblo, lo trascienden desde la modestia de la sepultura. Más que ofrecer grandes relatos de la inmigración nos ponen ante la contingencia de hechos que protagonizaron personas concretas, en un lugar delimitado y donde desarrollaron sus posibilidades individuales y grupales.

Por sobre las lecturas que podamos hacer, hoy este patrimonio no deja de presentar desafíos para sus contextos. Una serie de crisis recurrentes vienen afectando desde décadas a estas poblaciones que no superan los 500 habitantes. A la crisis demográfica que en general sufren las áreas rurales traducidas en el estancamiento o pérdida de población frente a la creciente urbanización, se suman situaciones locales. Entre ellas no se puede pasar por alto, por un lado, el cambio productivo que experimentó esta región con el avance tecnológico por una parte y del cultivo sojero sobre los pequeños y medianos establecimientos tamberos; por el otro, la clausura del ramal ferroviario en Estación Saguier producto de decisiones políticas en los años noventa y, finalmente, el cese de la principal oferta de trabajo industrial con el cierre allí mismo, poco después, de la fábrica que iniciara Christian Boll. Asimismo, se deben tener en cuenta, a su vez, las consecuencias derivadas del cambio ambiental, como las variaciones en el régimen hídrico y las inundaciones que han debido soportar las zonas rurales y urbanas en los períodos húmedos. Por lo que cabe de afectación específica a este patrimonio, no poco han significado los cambios culturales experimentados con respecto a la muerte, sus rituales y las modificaciones abruptas que en relación con todo ello introdujo la pandemia desatada por el Covid 19.

Si desde el punto de vista de sus materialidades se trata de bienes patrimoniales modestos, la cercanía física y la proximidad con el pasado del que dan cuenta los constituye en referentes identitarios en un paisaje cultural de especial significación para el fenómeno migratorio, conocido como la Pampa Gringa Santafesina.

Estos cementerios necesitan ser integrados con otros bienes que aún conservan estas comunidades en una relación vincular con sus vidas histórica y social. Como fragmentos de una historia más amplia en Villa San José por ejemplo la antigua escuela, la capilla y la fiesta



ISSN: 2718-8310

anual de La Valesanita con la que se homenajea a la mujer colonizadora y sus descendientes, ofrecen una buena oportunidad al respecto. En Saguier, a su vez la estación ferroviaria, las residencias de la familia Boll y los restos de la fábrica de manteca están en la misma condición, esto es de sumar bienes con cualidades y valores que superan lo sentimental y pueden dar apertura a consideraciones más amplias en torno de las migraciones y sus marcas.

Se plantea entonces cómo sostener y hacer sustentable con los recursos e instrumentos de gestión disponibles un patrimonio que da cuenta de un pasado del que la comunidad no debe o no quiere desvincularse. Pero, que no por ello queda exento de las amenazas que acechan con borrar estas marcas, incluso para detener el avance del olvido.

De por sí el concepto de patrimonio, y todo lo que a él refiere, nos remite a propiedades que le son intrínsecas, tales como la apropiación, la trasmisión y la permanencia (Mairal Buil, 2010). En casos como los que dimos cuenta, la materialidad de los bienes les ha otorgado cierta resiliencia, lo que aseguró que perduren hasta el presente. Pero, la apropiación comunitaria y por lo tanto la trasmisión son aún muy débiles dadas las características de la reconfiguración demográfica que allí ocurre. Nos encontramos con escenarios locales donde ha ocurrido una mutación del tiempo, de un pasado que parecía augurar de manera sagital el progreso y el desarrollo, al presente donde el tiempo se ha ralentizado, casi detenido.

Conviene traer al recuerdo en relación con bienes como éstos, lo que ya plantearon en su momento quienes se adelantaron en los desarrollos teóricos y críticos al respecto:

> *"Los elementos patrimoniales adquieren así un sentido y una función particulares, que trasciende lo estético o lo estrictamente testimonial para convertirse en un núcleo de orden –temporal y espacial-, en una valla frente al avance del devenir representado por el olvido y por la pérdida del sentido del lugar"*.
>
> Waisman, 1994:14

Más allá de la sostenibilidad económica prima entonces pensar en la sostenibilidad social y en entornos donde ya no habitan mayoritariamente los descendientes de los que iniciaron el proceso histórico de poblamiento puesto que la deriva migratoria no terminó con los pioneros, sino que también ellos partieron hacia diversos destinos, y otros, con otras historias han venido a ocupar ese espacio.

En estos contextos el patrimonio, más allá de ofrecer por selección una versión del pasado puede cumplir además una importante función social si se abre a la complejidad, a la inclusión, a nuevas perspectivas. Esto es posible en pequeñas comunidades a partir de esas marcas del pasado que como vimos aún conservan, pero con historias que necesitan ser reveladas por sus actuales habitantes, que no se deben dar por referenciadas o recortadas exclusivamente a los orígenes, a la evocación por nostalgia, sino a cómo se constituyen en su devenir.

La activación de este patrimonio requiere así de procesos participativos y colaborativos pensados en vinculación hacia afuera, con otras comunidades con historias cercanas para integrarse en redes que permitan optimizar y compartir recursos. Se trata pues de proponer modelos interpretativos y nuevas formas de interacción que permitan miradas más dinámicas de lo que las comunidades van siendo en el tiempo. Un desafío que pasa por regenerar el patrimonio, abrir el estrecho cerco en el que están contenidas las historias locales para reintegrarlas a los procesos globales de los que forman parte y dotarlas de significados más amplios.

A modo de conclusión.

Los cementerios surgidos en los espacios de la colonización agrícola llevada a cabo desde la segunda mitad del siglo XIX en Argentina, como de los que hemos venido dando cuenta, han permitido en su carácter de lugares públicos la escenificación de la pluralidad étnica derivada de las migraciones internacionales que acompañaron tal proceso. Más allá de estar afectados a funciones específicas, en ellos las memorias migrantes encontraron refugio a través de la materialidad de los objetos que allí se levantaron, los que permiten el recuerdo y la evocación, al tiempo que constituyen verdaderas marcas de identidad. De esta manera se busca reafirmar no solo una identidad, una pertenencia, sino también salvar de algún modo las distancias geográfica y cultural que el tiempo fue ensanchando con los lugares de partida, en un caso Suiza y Dinamarca en el otro. Ante la situación de desplazamientos sucesivos de estos sujetos migrados que concluyeron en una radicación permanente y frente al no retorno, se quiso dejar alguna huella significante.

Si bien desde el presente estamos ante un legado patrimonial que en primera instancia se nos manifiesta como modesto, en referencia a escala y atributos formales que parecen propios del pequeño tamaño de las localidades de las que forman parte en una íntima relación de memoria y territorio, no carecen por ello de significado cultural, histórico y social. En tanto creación patrimonial es importante reparar en los autores / constructores de bienes que refieren a la vida histórica y social de sus comunidades, y de qué manera trataron de inscribirlos marcando estos lugares. Así nos encontramos como en el caso de Villa San José fue la propia autoridad política local la que tomó la iniciativa y construyó un memorial en la parte central del cementerio para restituir los restos de familias fundadoras, con toda la carga simbólica que la propia idea de centro evoca en este espacio. En el otro caso, en Saguier, la acción partió de un personaje con reconocimiento social y económico a nivel comunitario, que quiso recrear para sus relaciones familiares y con algún que otro coterráneo, una tradición de la tierra de origen. En ambas situaciones se trató de sujetos activos que actuaron localmente desde sus presentes buscando una ligazón con el pasado migratorio, al tiempo que dejaron estas marcas tangibles revestidas de significación con la intención también de vincular con las generaciones venideras.

ISSN: 2718-8310

Hoy estos bienes patrimoniales que se ubican en la coyuntura entre lo local, lo particular y la historia de los movimientos migratorios, no escapan a las consecuencias de los cambios sociales y culturales que vienen afectando a los lugares de la muerte y su significación, por lo que necesitan ser regenerados comunitariamente a través de una apropiación activa y creativa.

Referencias bibliográficas

Bianchi, A. (1971). *Historia de Rafaela*. Editorial Colmegna, Santa Fe, Argentina

Bjerg, M. (2001). *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1931)*. Editorial Biblos. Buenos Aires, Argentina.

Centenario Villa San José 1887-1987. (1987). Mimeocop ´67. Esperanza, Argentina.

Centenario de Saguier 1882-1982. (1982), (s/e).

Chapeaurouge, C. (1893). Plano Topográfico de la Provincia de Santa Fe publicado por Jorge Mackern. Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.

Domenach, H. y Picouet, M. (1990). El Carácter de Reversibilidad en el Estudio de la Migración. Notas de Población. *Revista Latinoamericana de Demografía 49, 46-69 pp.* Recuperado en: http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CAS/article/view/4709CELADE

Gallo, E. (1983). *La Pampa Gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895).* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, Argentina.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo.* Universidad Iberoamericana, México D.F. México.

Imfeld, D. (1996). Los suizos: inmigración urbana y rural (s/e).

Imfeld, D. (2000). *Un Lugar para la Memoria. El cementerio en las colonias agrícolas*. Gráfica Gütenberg. Rafaela, Argentina

Imfeld, D. (2016), Inmigración danesa en Argentina. Los Boll en Estación Saguier. (s/e).

Jelin, E. (2014). Marcas Territoriales, Patrimonio y Memoria ¿Conservar o Trasmitir? Durán, L. Kingman Garcés, E. Lacarrieu, M. (2014) (Editores). *Habitar el Patrimonio. Nuevos aportes al debate en América Latina, 308 p.p* Imprenta Flacso, Quito. Ecuador.

Kingman, E (2014). Memoria Social, Políticas Poblacionales y Patrimonio. Durán, L. Kingman Garcés, E. Lacarrieu, M. (2014) (Editores). *Habitar el Patrimonio. Nuevos aportes al debate en América Latina, 308 p.p*. Imprenta Flacso, Quito. Ecuador.

Krumenacke, Y. (2010) Las prácticas funerarias de los hugonotes (siglos XVI-XVIII), *Trace [Online], 58* |. Recuperado en: http://journals.openedition.org/trace/1540

ISSN: 2718-8310

Mairal Buil, M. (2010). Tiempos de la cultura: (ensayos de antropología histórica). Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, España.Prats, L. (2000). *El concepto de patrimonio cultural. Cuadernos De antropología Social, (11).115-136 p.p.* Recuperado en https://doi.org/10.34096/cas.i11.4709

Primer Censo del Pueblo de Rafaela (1912). Municipalidad de Rafaela (extracto) (s/f). Rafaela, Argentina.

Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe República Argentina, América del Sud, verificado bajo la administración del Dr. Don José Gálvez, el 6,7 y 8 de junio de 1887. Dirigido por Gabriel Carrasco. (1888). Libro I. Censo de Población. 600 f. Imprenta y Encuadernación de Jacobo Peuser, Buenos Aires, La Plata Argentina.

Provincia de Santa Fe. Cámara de Senadores. Departamento Castellanos. Recuperado en: https://www.senadosantafe.gob.ar › departamentos › cas...

Reyes Tobar, M. Martínez Ruíz, D. (2015). *Península vol. X, núm. 2 julio-diciembre de 2015 pp. 117-133*. Recuperado en: https://doi.org/10.1016/j.pnsla.2015.08.006

Segundo Censo de la República Argentina 1895. (1898). T. II Población. Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional. Buenos Aires, Argentina.

Wasiman, M. (1994). El Patrimonio en el Tiempo. *Revista PH [en línea] / [coord. de la ed. Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico] - N. 84 (octubre 2013). Sevilla: Consejería de Cultura, 2013 p.p.10-14.* Recuperado en : http://www.iaph.es/revistaph.



Daniel José Imfeld

Profesor de Historia (ISPNª2R). Posgrado en Historia Pública y Divulgación Social de la Historia (UNQ). Licenciado en Gestión de Instituciones Educativas (UCSE). Miembro de Número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe. Miembro del Centro de Estudios e Investigaciones Históricas de Rafaela. Miembro de la Asociación de Amigos del MMAUP y de la Comisión Municipal de Preservación del Patrimonio de Rafaela (Santa Fe). Autor de artículos y libros sobre inmigración, colonización, patrimonio histórico y cultural.